

cialmente los países nórdicos. En cambio, es llamativa la escasa atención prestada al Occidente europeo, con una sola mención a Italia, Francia, España, Portugal, Inglaterra e Irlanda. 2) Un criterio cronológico también desigual, especialmente centrado en la Edad Media y, en segundo lugar, la Contemporánea. 3) Un criterio de género, al ser prácticamente todas las figuras elegidas masculinas aunque incluya algunas femeninas tan importantes como Hildegarda de Bingen, Juliana de Norwich o Brígida de Suecia. 4) También hay una preferencia evidente por los sacerdotes y religiosos, aun cuando no falten figuras de santos laicos casados; en el caso femenino, es notoria la preferencia por figuras de laicas.

Se trata de un trabajo de divulgación, de ahí la ligereza de un texto que, sin embargo, está acompañado por notas finales que en algún caso remiten a las obras escritas por los biografiados. A cada uno se le dedica un espacio breve, con una sintética anotación sobre su vida y obra y una referencia al estado de los procesos de beatificación o canonización. Las llamadas a los viajes y discursos de Juan Pablo II son muy frecuentes y evidencian el interés por acercar el pasado a las inquietudes del presente.

En definitiva, un tema de actualidad con el mérito de aportar un acercamiento a los pueblos del Este, poco conocidos por el público hispano. Aunque echamos en falta mayor presencia de laicos y mujeres para que ese criterio de actualidad se rematase plenamente.—MARÍA DEL MAR GRAÑA CID.

ANDRÉS-GALLEGO, JOSÉ, *El motín de Esquilache. América y Europa* (Fundación Mapfre-Tavera/CSIC, Madrid 2003), 800 p., ISBN 84-00-08133-1.

Una de las consecuencias del «motín de Esquilache», en la primavera de 1766, fue que al año siguiente se expulsó a los jesuitas de los territorios de la Monarquía. Se encuadra ahí el debate historiográfico sobre la culpabilidad o no de la Compañía. Los historiadores han oscilado entre dos formas de entender lo ocurrido: la de la conspiración, resultado de la lucha de aristocracia por arrojar del poder a los goliillas (Rodríguez Casado, Carlos Corona, Teófanos Egido, Rafael Olaechea), y la que responsabiliza a la crisis económica (Pierre Vilar, Gonzalo Anes, Stiffoni). El profesor José Andrés-Gallego, buen conocedor del período 1760-1770, ha querido con esta exhaustiva y bien documentada investigación mediar en el debate, centrándose en las causas y en las consecuencias y aportando su propia tesis sobre los responsables del motín. El autor sostiene que los acontecimientos vinieron precedidos por una serie de circunstancias políticas en España y América en un contexto internacional donde la actuación de don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache —secretario de Hacienda y Guerra— provocó un sinnúmero de descontentos. El autor se adentra en un inmenso trabajo para saber qué es lo que hubo detrás del motín.

El libro está estructurado en nueve partes, el eje central siempre es Esquilache, cuenta con un *Post Scriptum*, y cinco enriquecedores anejos, abundante bibliografía, ilustraciones, e índice onomástico. La base documental es enorme, de América y Europa; el autor ha visitado más de cien archivos y bibliotecas. El resultado es un libro

ambicioso que se adentra en las concavidades político-religiosas de «El motín de Esquilache».

La primera parte es una versión resumida de su libro *Esquilache y el pan, 1766* (Nueva Orleans 1996), donde expone los antecedentes del motín. A la segunda parte, «Esquilache y Madrid», tan sólo le dedica ocho páginas. De más interés resulta la tercera, dedicada a la Iglesia. En los seis años de gobierno de Esquilache, Carlos III se había ocupado expresamente de la disciplina de los religiosos, pero el regalismo y el antijesuitismo se habían reforzado con el conjunto de cambios políticos de 1763, donde Esquilache había tenido parte como consejero «íntimo» del rey; había, por tanto, malestar entre los eclesiásticos. Los personajes más importantes, como Joaquín de Osma, confesor del rey, aparecen bien definidos. En la cuarta parte, «Esquilache y el Fisco», el autor sostiene que la política fiscal de Esquilache había dañado los intereses de muchos, no sólo de los clérigos. Había hecho suyo el proyecto de reforma fiscal que había proyectado Ensenada y, por tanto, no hubo una revolución hacendística, sino el progreso iniciado en los años cincuenta, pero el celo impositivo provocaba malestar; en América comenzarán los motines propiamente fiscales en 1762, pero el más importante fue el de Quito de 1765, dando la impresión en España de que se perdían las Indias. La quinta parte, «Esquilache y el Mundo», es una extraordinaria cosmovisión de política internacional, centrándose en la actuación de Inglaterra, pues en los días inmediatos al motín había amenaza de guerra con Inglaterra —por Manila— y Portugal —por Sacramento—. También se adentra en el delicado tema del Tratado de Límites en América de 1750 entre España y Portugal. Desde el punto de vista militar, la política de Esquilache fue un fracaso, provocando un sentimiento xenófobo por la invasión de italianos y valones. En la sexta parte, «Esquilache y la Aristocracia», Andrés-Gallego llega a la conclusión de que, pues todo lo que implicaba dinero correspondía a Esquilache, había malestar en la aristocracia, precisamente porque había introducido el gobierno despótico de Carlos III. Sus oponentes querían un equilibrio de poder entre el monarca, la aristocracia y el alto clero. El duque de Alba empieza a ser considerado sospechoso de promover el motín. En la séptima parte, «Esquilache y Campomanes», observamos la lucha entre ambos por conseguir el poder, el control de las haciendas municipales, con el enfrentamiento por el abasto de Madrid. En la octava parte, «Esquilache y Francia», el marqués aparece como el único que resistía la rapacidad de Francia y la pretensión de expoliar España y la Dos Sicilias por medio de un contrabando completamente desigual. El problema no era sólo la lucha hispano-gala por América, sino el resto de Europa y el norte de África, en el contexto de la lucha contra los turcos. La octava parte se titula «Esquilache y los jesuitas», y constituye aproximadamente un tercio del libro, 243 páginas. La documentación proviene en su mayoría del fondo Campomanes de la Fundación Universitaria Española, del Archivo Histórico Nacional y del Archivo Secreto Vaticano. Pensamos que estas páginas constituyen la mejor cualidad de este importante libro, su principal aportación. Carlos III ordenó una investigación —pesquisa secreta— sobre los causantes del motín, el autor ni defiende a los jesuitas como hiciera el padre Eguía (1947) ni los ataca, tan sólo analiza críticamente las fuentes de que dispuso Campomanes sobre esa pesquisa. Para Campomanes desde los primeros resultados de la pesquisa se demuestra que hubo conjura y los responsables fueron los jesuitas. Campomanes creía que de fondo estaban las ideas del tiranicidio, el laxismo, la oposición a la beatificación de Palafox;

los maltratadores de indios, deseosos de construir un reino jesuítico en América, cuyo rey sería Nicolás I, acumuladores de riquezas; la obediencia ciega al General extranjero, y que los jesuitas consideraban a Carlos III hijo de Alberoni y no de Felipe V. Había odio del secretario de Gracia y Justicia, don Manuel de Roda, el catecismo de Pío V expurgado por el padre Faure; en suma, los jesuitas eran incompatibles con el esplendor de la Monarquía. Los enemigos de los jesuitas no eran ateos, sino que se confesaban defensores del catolicismo. Además, la expulsión de Portugal y Francia había sido un precedente a imitar. Los padres Isidro López y Bramieri, confesor de Isabel de Farnesio, prepararon el motín con el marqués de la Ensenada y otros cómplices. Para Campomanes, los jesuitas no sólo querían echar a Esquilache, sino imponer al rey un confesor jesuita. Andrés-Gallego analiza esta documentación y concluye que los jesuitas fueron simplemente imprudentes y no responsables del motín.

La caída de Esquilache no resolvió el problema del excusado, que continuó pendiente hasta 1776. Sin embargo, el regalismo se acentuó. El autor hace un análisis bien documentado sobre las consecuencias de la expulsión en España y América, lo que él llama efectos pastorales, misionales, educativos, doctrinales y económicos. La gestión de la supresión fue lenta y costosa y llevó seis años de esfuerzos diplomáticos. En 1773 Clemente XIV, que llegó al solio pontificio con el apoyo de Carlos III, suprimió la Orden. El autor concluye que el motín contra Esquilache se enmarca en un sistema internacional no tanto de lucha entre Reino Unido y Portugal, cuanto en el enfrentamiento entre los intereses españoles y los intereses franceses relativos al contrabando y a la visita arbitraria. El resultado fue la expulsión de los jesuitas, se limpió la corte de enseñadistas afectos a los jesuitas. Andrés-Gallego insiste en que los jesuitas no percibían el peligro y, a veces, no actuaban con la prudencia necesaria.

Es en el *Post Scriptum* donde sostiene su teoría de que detrás estaba el duque de Alba, según una presunta retractación que entregó antes de morir a Carlos III, apoyándose sobre todo en Cretinau-Joli y La Fuente. No aporta el documento, pero sostiene como prueba el silencio, pues, dado el contexto, no puede considerarse fortuito. El padre Luengo había defendido entonces que Alba, Roda y Osma se habían propuesto la extinción de la Orden. Andrés-Gallego propugna, al final, la teoría de que detrás estaban de consuno Alba, Roda, Aranda, Osma, Grimaldi y Beliardí. Después Campomanes preparó la expulsión, «la barahúnda de papeles que Campomanes reunió y conservó en su archivo personal es enormemente locuaz», porque el dictamen está apoyado en testimonios indirectos (p.656). Todo lo cual no era suficiente para justificar la expulsión, pero sí para entenderla, toda vez que alguien —dice que Alba o Beliardí— pudo inducir a algún jesuita a tener parte en el motín (p.660). El autor se quiere posicionar en un punto medio entre los criterios de los últimos historiadores —fue un asunto político— (Egido, Olaechea, el grupo de Alicante, etc.) y da un paso adelante en la línea de Rodríguez Casado al insistir en la imprudencia, añadir que «algún» jesuita tuvo parte y, sobre todo, cargar la responsabilidad en Alba y sus amigos. Se trata, por tanto, de una obra imprescindible para proseguir las investigaciones, con el fin de asentar conclusiones definitivas, con el mismo rigor científico, que satisfagan la necesidad histórica de resolver el enigma del motín y consecuente expulsión.

Desde el punto de vista de la Orden, pensamos que se podía haber hecho más hincapié en el papel de los procuradores de corte y de los asistentes del General de la

Compañía, Ricci, así como profundizar en el papel del confesor de Isabel de Farnesio, Esteban Bramieri; y determinar por qué en 1762 el rey autorizó confesores jesuitas para la reina madre y el príncipe de Asturias; o cómo Tanucci tenía un confesor jesuita; y diseccionar el presunto filojesuitismo de Amalia de Sajonia. El autor señala varias veces la importancia de los confesores regios, de ahí que hubiera venido bien insistir en los confesores reales Daubenton, Robinet, Gabriel Bermúdez, Juan Marín, Clerke, Juan Antonio Feuvre; y sobre todo al célebre Francisco Javier Idiáquez, provincial de Castilla (1764-1767), el cual, tras su provincialato, fue enviado a la corte para conjurar los peligros que acechaban a la Orden.—ENRIQUE GARCÍA HERNÁN.